EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

HONRA Y VIDA

LEYENDA DRAMÁTICA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1891

HONRA Y VIDA

HONRA Y VIDA

leyenda dramática en un acto y en verso

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenada en el TEATRO PRINCIPAL de Zaragoza, la noche del 16 de Abril de 1891.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES		ACTORES
INÉS.................	DOÑA	CONCEPCIÓN CONSTÁN.
MENCÍA...............	»	JOSEFINA V. DE GONZÁLEZ.
DON JÁIME............	DON	JOSÉ GONZÁLEZ.
DON PEDRO DE CASTILLA...............	»	ANDRÉS CORDERO.
FORTUN...............	»	SAMUEL AGUADO.
UN PAJE..............	DOÑA	CONSUELO MÉNDEZ.

La escena en Sevilla, en los últimos años del reinado de D. Pedro I.

Á ZARAGOZA

En testimonio de gratitud y de cariño,

Joaquín Dicenta.

ACTO ÚNICO

El teatro representa una habitación de arquitectura árabe lujosamente decorada, en casa de don Jáime. En el fondo, á la derecha, un reclinario, y delante de él, en una hornacina, una imagen de la Virgen. En primer término, un diván de gusto oriental, así como los restantes muebles y adornos de la estancia. Pendiente del techo una lámpara de tres brazos, que estará encendida al comienzo de la representación. Puertas al fondo: una en el lateral derecho y otra en el izquierdo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MENCÍA y FORTUN

MENCIA. ¿Y el motivo de la marcha,
cuál es?

FORTUN. ¡Cualquiera lo sabe!
Pero presumo que en tiempos
de revueltas y desmanes,
de facciones y de luchas,
como los tiempos actuales,
no será para una fiesta,
ni para un alegre lance,
para lo que cincuenta hombres
abandonan sus hogares,

armados hasta los dientes
y sin ser vistos de nadie.
MENCIA. Malas épocas corremos.
FORTUN. Malas para los cobardes;
malas para los traidores;
buenas para los leales,
que si la faena es ruda
y los peligros constantes,
y no hay dia sin tumulto
ni amigo de quien fiarse,
el monarca es generoso,
y paga con favor grande,
al que le ayuda y le sigue
en glorias y adversidades.
MENCIA. ¿Eso crees?
FORTUN. Eso digo
sin temor de equivocarme.
MENCIA. Pues cuando tú lo aseguras
tendrás razón. (Con tono de mofa.)
FORTUN. Para darte
una prueba no es preciso
traspasar estos umbrales.
¿Qué era don Jáime? Un hidalgo
desvalido y miserable
que vino de Zaragoza
á los castellanos lares,
sin más favor que su brazo
ni más caudal que su sangre.
Vióle don Pedro una noche
al rondar por esas calles,
como tiene por costumbre,
metido en riesgo tan grave,
que sólo siendo quien es
pudo nuestro amo salvarse.
Ocho hombres le acometieron
afanosos por matarle,
y él, dando frente á los ocho
y dando su espada al aire,
contra todos combatía
manteniéndoles distantes,
que era acercarse á la muerte
á mi señor acercarse.

Chispeaban los aceros
de aquella jauria infame
al chocar con el de mi amo;
pero chocaban en balde,
pues ni rendían su empuje
ni penetraban sus carnes,
ni fatigaban su aliento
ni vencían su coraje.
Él, en cambio, aprovechando
un descuido, un claro, un pase
perezoso de los hierros
contrarios, daba un avance,
metía el pecho de frente,
tendía el brazo adelante,
desgarraba un corazón
y tornaba á replegarse,
mientras un hombre caía
de golpe sobre la calle,
dando al viento una blasfemia
y al suelo un charco de sangre. (Pausa.)
Tres rodaron de igual suerte,
é iban los cinco restantes,
más que por valor por odio,
cerrando contra don Jáime;
cuando el rey, dando la vuelta
á la obscura boca-calle,
y desnudando su espada,
tomó en la contienda parte.

MENCIA. ¿Vencieron?

FORTUN. Si estando solo
era don Jáime bastante
contra aquellos asesinos,
siendo dos para ayudarse,
no hay que contar la ocurrencia
ni cómo terminó el lance. (Pausa.)
«Bravo eres, dijo don Pedro
á mi señor; el que vale
lo que tú, pone la suerte
de su capricho al alcance.»
Y, ya lo ves, desde entonces
honores y dignidades,
y oro, y cariño y privanza;

y si algo pudo faltarle,
há tres meses lo ha adquirido
al unirse en los altares
con mujer de gran fortuna
y esclarecido linaje,
que junta á un rostro de cielo
las perfecciones de un ángel.

MENCIA. Verdad que sí, y te aseguro
que si el rey quiere cobrarse,
por alto que ponga el precio
será ponerlo de balde.

FORTUN. Ya corresponde al monarca
con su lealtad don Jáime;
y acaso no está muy lejos
el momento de pagarle
con la hacienda y con la vida
las mercedes que nos hace.

MENCIA. ¿Qué dices?

FORTUN. Que las discordias
aumentan; que el mal es grande;
que el rey no tiene en Castilla
la autoridad que sus padres
le dieron; que don Enrique,
y las villas y magnates
que al bastardo favorecen,
del rey anhelan vengarse;
que los traidores aumentan;
que sucumben los leales;
que se bambolea el trono,
y que si don Pedro cae,
todos caeremos con él
sin que uno solo se salve.
Si cuando en Nájera tuvo
aprisionado al infante...

MENCIA. ¿Empiezas con tus historias?

FORTUN. No empiezo, que he de marcharme
al punto.

(Se dirige hacia la puerta lateral izquierda.)

MENCIA. Oye...

FORTUN. El rey aguarda,
y no es bueno impacientarle.

MENCIA. ¿Diste la misiva?

FORTUN. Es claro.
MENCIA. ¿Y qué dijo al enterarse
de ella la señora?
FORTUN. Nada;
pero temo que no baste
á calmar sus inquietudes.
MENCIA. ¿Por qué razón? El mensaje
la explicaría...
FORTUN. Es muy breve,
y el amo escribió delante
del rey, sin poner á dónde
ni para qué era su viaje.
MENCIA. ¿Y por qué no se lo puso?
FORTUN. ¡Toma! porque no lo sabe;
porque el rey no se lo ha dicho
ni á mí, ni al amo, ni á nadie.
Adiós. (Se dirige hacia la izquierda.)
MENCIA. ¿Te vas por la puerta
del campo?
FORTUN. Llevo su llave
á don Jáime; la señora
me la ha entregado.
(Abre la puerta de la lateral izquierda.)
MENCIA. Ella sale.
(Señalando la de la lateral derecha, por donde sale doña Inés. Fortún se detiene.)

ESCENA II

DOÑA INÉS, MENCÍA y FORTUN

INES. ¿Fortún?
FORTUN. Señora.
INES. ¿Es posible
que no puedas explicarme
el por qué de tan extraña
ausencia? ¿De mis afanes
piedad no tienes?
FORTUN. Señora,
nada sé.
INES. (Con angustia.) ¿Nada?
FORTUN. Ignorante

de todo estoy; sé tan sólo
que un pliego que ha de mostrarme
en determinado punto
nos enterará del viaje
y del sitio donde vamos;
que el rey con sigilo grande
dispuso nuestra partida;
que ella ha de verificarse
hoy mismo; que vuestro esposo
hará lo que el rey le mande,
y que, como el rey lo exige,
sin veros ni hablaros parte.

INES. ¡Lo exige el rey! (Con tono de recelo.)
(Con temor y zozobra.) ¡Oh, Dios mío!
¡Siempre el rey! (Alto.)

FORTUN. Debo alejarme.
¿Me dais licencia?

INES. Sí, vete.
(Fortún se dirige hacia la izquierda, pero antes de que llegue á la puerta doña Inés le detiene con el ademán.)
No, no lo hagas, sin jurarme
que si su vida peligra
procurarás escudarle
con tu cuerpo.

FORTUN. Lo hice siempre;
eso á mi deber atañe.
Quedad tranquila, señora.

INES. Adiós. (Llorando.)

MENCIA. No lloréis.

INES. (Como hablando consigo misma.)
¡Dejarme
sola!... ¡sin defensa!...—¡Díle
que piense en mí, que no tarde;
(Á Fortún, que ha llegado á la puerta de la izquierda.)
que le amo!... No digas nada;
(Con amargura.)
tú no puedes expresarle
con cien palabras, que fueran
eco ruín de mis afanes,
todo lo que yo podría

decirle con una frase.
(Sale Fortún por la izquierda y cierra la puerta detrás de él.)

ESCENA III

DOÑA INÉS y MENCÍA. Al final un PAJE

MENCIA. Enjugad, señora, el llanto,
y desechando el temor,
dadle treguas al dolor.
INES. Si no es dolor, es espanto;
es una idea cruel
que alejar de mí no puedo.
Mencía... Es que tengo miedo
de hallarme sola sin él.
MENCIA. ¿Teméis que ha de peligrar
su existencia en la partida?
INES. No es su marcha, no es su vida
lo que más me hace dudar.
MENCIA. ¿Qué decís? Con fingida extrañeza.)
INES. Si se tratase
como quieres suponer
de un combate; si el deber
de mí á don Jáime alejase,
no fuera mi ansiedad tanta,
con ser grande y con ser mucha;
el peligro de una lucha
aflije, pero no espanta
á la mujer de un guerrero
desde niña acostumbrada
al brillo de la celada
y al resplandor del acero.
Y si mi esposo, al venir
á mi encuentro, me dijera:
«El enemigo me espera,
es necesario partir,»
yo misma, dándome traza
para esconder mi dolor,
ayudara á mi señor
á ceñirse la coraza
y á calzar el acicate;

y poniéndole al costado
su puñal adamascado
y su espada de combate,
entre sus brazos caería
dominando mi amargura
y rozando su armadura
con mis labios le diría:
«Cumple como caballero
los mandatos del honor.
Vete. ¡Qué importa mi amor!
El deber es lo primero »
Y de aquí marchar le viera
y aquí sola me quedara
pidiendo á Dios que triunfara
y á esa Virgen que volviera. (Pausa.)
Ya ves que no soy cobarde;
pero hoy mis ansias ayuda
una traicionera duda
que dentro de mi sér arde,
que oprime mi pensamiento
y me aflije y me devora...
¿No me comprendes?

Mencia. Señora,
si otra es de vuestro tormento
la causa y otro el motivo,
mal puedo yo averiguarlos
y mal puedo consolarlos,
pues que ignorándolos vivo.
(Acercándose á Inés y con fingido acento de cariño.)
Pero algo os pasa y no sé
si rogar que me digáis
los temores que guardáis
en el alma.

Ines. ¿Para qué?
¿Puedes tú algo conseguir
contra mi angustia, Mencía?
Responde.

Mencia. Acaso podría
ayudárosla á sufrir.

Ines. ¿Pero es que no la comprendes?
¿O por acaso olvidaste
lo que una tarde escuchaste

decirme al rey?
(Mencía hace un ademán de sorpresa.)
¿No me entiendes?
MENCIA. ¿Teméis al rey? (Sorprendida.)
Por ventura,
(Como si recordase algo.)
¿el rey insiste en su amor?
INES. Insiste en mi deshonor
y no cede en su locura.
En vano fué suplicarle,
como suplica una dama
cuando peligra su fama;
en vano fué recordarle
que mi Jáime, que mi esposo
era un vasallo leal;
ese mozo criminal,
ese rey voluntarioso,
tenáz siguió en su porfía.
MENCIA. ¿Y vos?
INES. ¿A qué preguntarlo? (Con energía.)
tenáz seguí en despreciarlo
con firmeza, hasta que un día
hoy hace cuatro, me dijo:
«¿Conque es inútil rogar
y pedir y suplicar
amor? Entonces lo exijo.
No hay quien mis designios tuerza
ante un deseo empeñado;
si no os entregáis de grado
os rendiré por la fuerza.»
Ahora esta marcha impensada
tras de sus frases me da
miedo y me digo: «¿Estará
por Don Pedro preparada?...»
¡Si el rey desea ultrajarme!
Si en su despecho... ¡ay de mi!
(Con angustia.)
Entonces... (Con espanto.)
MENCIA. ¿Vaciláis? (Con alegría.)
INES. (Con desesperación.) Sí,
¿Cómo no he de acobardarme
y cómo no he de temer?

Si él á mi lado estuviera
ni dudara ni temiera.
¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer?

MENCIA. Ya me explico vuestro afán,
(Con acento insidioso y alegre.)
que es tarea peligrosa
para una mujer hermosa,
resistir á un rey galán
que la ronda noche y día,
y es gallardo, y es vehemente,
y generoso y valiente...

INES. ¿Qué estás diciendo, Mencía? (Con altivéz.)
¿Qué infamia has imaginado?
¿Tú llegaste á suponer
que yo podría ceder?...

MENCIA. Doña Inés, yo... (Con fingida humildad.)

INES. ¿Tú has pensado
tal cosa? (Con dureza.)

MENCIA. Como dijísteis
que os daba espanto la ausencia
de don Jáime y su presencia
para salvaros pedisteis...

INES. Calla. Su presencia, sí,
para defender mi honor;
para conservar mi amor
no hace falta que esté aquí

MENCIA. Doña Inés,... (Excusándose.)

INES. Sella tu labio.
Pensarlo tú es villanía.
Oirtelo yo, sería
hacer á mi honra un agravio.
¡Rendirme!... Ni antes ni ahora.

MENCIA. (Veremos si asi alardeas
cuando enfrente de él te veas.)
Yo no trataba...
(Aparece el Paje en la puerta del foro.)

PAJE. Señora...

ESCENA IV

INES, MENCÍA y el PAJE. Al final DON PEDRO

INES. ¿Qué?

PAJE. Un hidalgo solicita
venia para saludaros.
INES. ¡A mí! (Sorprendida.)
PAJE. Dice que ha de hablaros
y que veros necesita.
MENCIA. (¿Será él? Tan pronto no espero...)
INES. Su nombre.
PAJE. Puso interés
en guardarlo; dice que es
de don Jáime mensajero.
INES. ¡De Jáime! (Con alegría.)
(¿Vendrá á aclarar
esta incertidumbre mía.
¡Oh, sí, Jáime me lo envía!)
PAJE. ¿Qué le respondo?
INES. Hazle entrar.
(Sale el Paje por el fondo.)
Nuevas de él, que mi tormento (A Mencía.)
comprende y hace avisarme.
(Aparece don Pedro embozado en la puerta del foro y acompañado del Paje, que se retira.)
PEDRO. Perdonad, si al presentarme,
encubierto me presento.
INES. (¡Ese acento!...)
PEDRO. Cuando vos
de mi visita el objeto
sepáis, veréis que secreto
nos interesa á los dos.
INES. Si importaba antes, después
que en esta casa os halláis,
no hay motivo.
MENCIA. (Es él.)
(Don Pedro sigue en el umbral de la puerta sin desembozarse.)
INES. ¿Calláis?
PEDRO. No estamos solos, Inés.
Pero si hablar es forzoso,
lo haré; no vengo á engañaros.
Soy quien mejor puede daros
noticias de vuestro esposo;
quien de su gusto hace ley,
y quien pudiendo mandar,

se limita á suplicar.
Miradme, señora.
(Don Pedro se desemboza; doña Inés, que ha seguido con ansiedad sus palabras, retrocede al lado de Mencía.)

INES. (Con espanto.) ¡El rey!
PEDRO. ¿Verme, doña Inés, aquí
os espanta y os ofende?
INES. Me sorprende. (Reponiéndose.)
PEDRO. ¿Y qué os sorprende?
INES. El que os presentéis así.
PEDRO. ¿Os causa enojo mi empeño?
INES. ¡Enojo! Eso nunca. Vos
sois en esta casa un Dios
por serlo para su dueño;
y pienso que al visitarla,
sus muros enaltecéis;
como pienso que sabréis
protejerla y respetarla.
PEDRO. Aún más que la cortesía
os estimara el favor
de obedecerme.
INES. Señor...
PEDRO. Déjanos solos, Mencía.
(Mencía se inclina y se retira por el fondo, cerrando la puerta.)

ESCENA VI

DOÑA INÉS y DON PEDRO.

INES. ¿Qué es esto? (Con espanto.)
PEDRO. ¿No lo entendéis?
Es que yo no olvido nada;
que la dueña está comprada;
que en nadie fiar podéis;
que, harto ya de inútil ruego,
al mandato me acomodo;
que me hallo dispuesto á todo;
que á veros y á hablaros llego;
que mio vuestro esposo es;

que parte, que os quedáis vos,
que estamos solos los dos
y que os amo, doña Inés.

INES. ¡Sola! (Con energía.)

PEDRO. Sola.

INES. No es verdad.
Sin duda habéis olvidado
que está vuestro honor de un lado
y de otro mi dignidad.

PEDRO. No emprendáis ese camino,
que puede ser peligroso;
por influjo misterioso
me hizo amaros el destino,
y como en mí se dan mano
deseo y satisfacción,
os hablé de mi pasión;
mas fué el hablaros en vano,
que vos, siempre desdeñosa
y dispuesta á despreciarme,
os negábais á escucharme.

INES. ¿Podía hacer otra cosa?

PEDRO. Inés...

INES. Mal habéis creído
si de mí esperásteis nada.

PEDRO. ¿Por qué?

INES. Porque soy honrada
y porque amo á mi marido.

PEDRO. No habléis de él. (Con dureza.)

INES. (Con energía.) ¿Es que su nombre
teméis y á oirlo os negáis?
¿Por acaso recordáis
que ese nombre es el de un hombre
que os respeta, que descuida
su fama en vuestro favor
y que os confía su honor
como os consagra su vida?

PEDRO. Señora...

INES. Hazaña cruel
y conducta criminal.
¿Por qué siendo él tan leal
sois tan infame con él?

PEDRO. ¿Y vos, por qué habláis así,

si el que mi piedad reclama,
honra, y nombre, y vida y fama
todo me lo debe á mí?
Él es mi esclavo, mi hechura:
si yo quien es no le hiciera,
ni aun la dicha poseyera
de gozar vuestra hermosura.
¿Hoy robarle me conviene
belleza que tanto ansío?
pues cobro de lo que es mío
y aún me debe lo que tiene.
Entero se consagró
en cuerpo y en alma á mí.
Podría matarle...

INES. Sí;
pero deshonrarle, no.

PEDRO. No sigáis, que él nada evita,
y nada puede alcanzar,
y veros por él llorar
más me hiere y más me irrita.

(Inés se aparta del rey con espanto, luégo se dirige de nuevo hacia él y exclama con tono de súplica.)

INES. ¡Pero y yo!... ¿Yo no merezco
lástima y piedad, señor?...
¿No os conmueven el dolor
y la angustia que padezco?

PEDRO. ¡Vuestro dolor!... Yo también
he sufrido y he rogado
por vos, y sólo he alcanzado
odio, desprecio y desdén;
y como luchando vivo
y la lucha me enardece,
y obstáculo que aparece
obstáculo es que derribo,
al contemplar vuestro enojo
trocarlo en amor dispuse,
y todo mi anhelo puse
en venceros á mi antojo;
y alejé á vuestro marido
y lo tengo en mi poder,
y vine y os quise ver,

y estáis sola y he vencido.

INES. No tan de prisa, señor,
que sola y abandonada,
y vendida y ultrajada,
sabré conservar mi honor.
(Volviendo al acento de súplica)
Pero oídme por piedad,
templad vuestro orgullo ciego,
y atended, señor, el ruego
que os hago en mi soledad.
Huíd tan ruínes extremos,
dominad vuestra locura,
dejadnos esta ventura
que es la única que tenemos;
ved á esta pobre mujer
que os suplica, que os implora,
y que á vuestras plantas llora
y cumplid vuestro deber.
(Cayendo de rodillas á los piés de don Pedro.)
¿No véis mi tormento?

PEDRO. (Con pasión.) Sí.
Os estoy viendo llorar
y sólo puedo pensar
que estáis más hermosa así.

INES. ¡Don Pedro! (Levantándose con indignación.)

PEDRO. (Con pasión.) ¡Más todavía,
y más mi afán se agiganta,
viendo que belleza tanta
está á mis piés y no es mía!

INES. Basta, que escuchar no puedo
tanto ultraje. ¡Basta ya!
(Retrocede á un extremo de la sala.)

PEDRO. ¿Teméis? (Con ira y dureza.)

INES. Oíros me da
más repugnancia que miedo.
De suplicar soy culpable.

PEDRO. ¡Inés!... (Con ira.)

INES. Como debo os trato.
Vos no soïs un insensato,
porque sois un miserable.
(Don Pedro se dirige hacia ella; luégo, calmándo-se, exclama con tono reconcentrado y duro.)

PEDRO. Juzgadme á vuestro placer,
que miserable ó culpado,
como he sentido he hablado,
siendo... lo que puedo ser:
hombre que en su natural
lleva su propia condena,
que sus caprichos no enfrena
y en el bien como en el mal,
sólamente alcanza á ver
un deseo que cumplir,
un triunfo que conseguir
y un esfuerzo que vencer.
¿Mis actos infamias son?
ni lo sé ni ello interesa
á mi vida que va presa
en perpétua convulsión,
y que por diversos modos,
ni felíz, ni respetada,
está siempre amenazada
y maldecida por todos.
Sé que pronto he de perderla,
y antes de perderla ansío
sujetar á mi albedrío
cuanto logre complacerla;
y ni mis gustos rehuyo
ni domino mi deseo.
¿Amo? lo que amo poseo.
¿Odio? lo que odio destruyo.
Sin reparar en quién es
el que oprimo con mis lazos,
ni la que cae en mis brazos
ni el que sucumbe á mis piés.

INES. Y á tales crímenes hecho,
juzgando en vuestra malicia
toda crueldad justicia,
toda vileza derecho,
¿ser mi dueño apetecéis?

PEDRO. Eso quiero, vuestro amor.

INES. Pues os engañáis, señor,
porque nunca lo tendréis.

PEDRO. ¿Nunca? (Con ironía.)

INES. Nunca.

PEDRO. ¿Y de qué suerte
conseguiréis sujetarme,
doña Inés?

INES. Para librarme
tengo un recurso. la muerte.

PEDRO. ¿La muerte? (En tono de mofa.)

INES. Sí.

PEDRO. (Con sarcasmo.) ¿Y vuestro esposo?

INES. ¿Cómo? (Aterrada.)

PEDRO. (Con frialdad) Si á morir llegáis,
á la muerte condenáis
á don Jáime.

INES. ¡Dios piadoso!
¿Él morir?... ¿Aún cabe más
desdicha?

PEDRO. ¿Qué decidís?
¿A mi capricho os rendís?
¿Cedéis?

INES. ¿Yo ceder?... ¡Jamás!

PEDRO. Es que yo tampoco cedo.
(Ademán de interrupción en Inés.)
Condenadme á vuestro gusto;
seré cruel, seré injusto,
vil; pero no retrocedo.
Vuestra servidumbre es mía;
las puertas de esta morada
me dejan franca la entrada;
nadie mi anhelo desvía
y nadie podrá evitarlo.
(Ademán de interrupción en Inés.)
Vos tampoco.
(Inés oculta el rostro entre las manos; don Pedro se dirige al fondo.)
Á salir voy;
os dejo sola y os doy
una hora para pensarlo.
(Sale don Pedro por la puerta del fondo y cierra tras él.)

ESCENA VII

DOÑA INES; al final DON JAIME y FORTUN, por la puerta del lateral derecho.

INES. ¡Dios mio! ¿qué os hice yo
para desventura tanta?...
¡Yo ceder!... ¡Nunca!... ¡Me espanta
decirlo!... ¿Y si él muere?... (Con angustia.)
(Con desesperacion.) ¡No!
¡Morir él!... ¡Morir quizás
sufriendo un tormento horrible!
¡No es posible; no es posible; (Con pasión.)
no lo intentaré jamás!
(Después de una pausa y como dudando.)
¿Pero y si vive y su honor
mira perdido, ultrajado?...
¿Qué dolor hay comparado
con este horrible dolor?
El tormento es dicha y calma
cuando se sufre con honra.
La deshonra... la deshonra
es el tormento del alma;
tormento más duro y fuerte
que el que carne y huesos trunca,
porque no se acaba nunca
y sobrevive á la muerte.
¡Oh! ¿Qué hacer, qué hacer, Dios mío?
¿Rogar al rey?... Fuera vana
(Con desprecio y amargura.)
acción.
(Permanece en actitud de duda algunos instantes, luégo se dirige hacia la imagen de la Virgen y se deja caer arrodillada en un reclinatorio que estará delante de aquélla.)
¡Virgen soberana,
en Tí nada más confío!
Compadece mis dolores,
sé tú mi amparo y mi juez.
Consuelo de mi niñéz,
testigo de mis amores,

enséñame tú á sufrir
y concede á mi pesar
ó un medio para triunfar
ó un medio para morir!
(Queda de rodillas frente á la imagen con la cabeza oculta entre las manos. En este momento aparecen don Jáime y Fortún por la puerta lateral de la izquierda sin ser vistos de Inés.)

JAIME. ¡Llora por mí! Ya lo ves.
(Con pasión á Fortún.)
¡Y aún detenerme quisiste!
¡Detenerme! ¿Quién resiste
al amor?... Mi pobre Inés.
(Hace ademán de dirigirse hacia Inés; luégo se detiene.)
¡Oye! (Á Fortún.)

FORTUN. Señor...

JAIME. Franca deja
á mi paso la salida,
y ata al potro por la brida
en los hierros de la reja.
Tú haces al tuyo marchar
en busca de la mesnada.

FORTUN. Don Jáime...

JAIME. No temas nada,
que pronto te he de alcanzar.
Sal. Tiempo no necesito.
Un segundo me es bastante;
que un beso dura un instante
con ser todo un infinito.
(Sale Fortún por la izquierda. Jáime se dirige hacia Inés, llega al lado suyo y la dice con acento cariñoso.)
¿Por quién triste y dolorida
rezas y lloras? ¿Por mí?
(Inés se vuelve sorprendida al oir la voz de Jáime.)

INES. ¿Qué miro? ¡Jáime! ¡Tú!

JAIME. Sí.
Yo soy, Inés de mi vida.
(Estrechando á Inés entre sus brazos.)

ESCENA VIII

INÉS y DON JAIME; al final DON PEDRO por el fondo.

JAIME. ¿Creías que iba á dejarte,
á irme lejos de tu lado
sin ver tu rostro adorado,
sin venir, sin estrecharte
en mis brazos, dueño mío,
y en mi corazón sentir
el presuroso latir
de ese corazón que es mío?
Nunca: volver deseaba
y sólo en volver pensé,
y volver determiné,
mientras mi gente marchaba
en formidable montón,
llevando la lanza al lado
y la espada en el costado
y el hacha sobre el arzón
delantero de la silla,
con paso tan silencioso,
que no se turbó el reposo
de la dormida Sevilla.
Cuando al fin atravesamos
sus murallas seculares,
y en los vastos encinares
de la vega penetramos,
dejé á los míos pasar,
junto á mí á Fortún llamé,
la brida al potro aflojé
le hice á Sevilla mirar,
la espuela en su vientre hundí,
el potro se encabritó,
sobre las piedras botó
y á toda rienda partí.
Y aquí llego sin temer
del monarca los enojos,
para mirarme en tus ojos,

que son la luz de mi sér,
y dominar los agravios
que en mí la ausencia provoca,
con un beso de tu boca
y un suspiro de tus labios.
(Oprimiendo á Inés entre sns brazos.)

INES. ¡Jáime! . (Con angustia y amor.)

JAIME. ¡Bien mio!
(Después de contemplarla, y haciendo un esfuerzo para separarse de ella.)
¡Ahora, adiós!
(Inés le retiene con sus brazos.)

INES. ¡No, por piedad, no te alejes!

JAIME. Es preciso.

INES. ¡No me dejes, (Con desesperación.)
no me abandones, por Dios!

JAIME. Suéltame.
(Con cariño, y tratando de desprenderse de los brazos de Inés.)

INES. ¡No! (Con angustia.)

JAIME. ¿Te da espanto
el riesgo que puede haber
en el lance? (Ademán afirmativo de Inés.)
¿Á qué temer,
Inés? Enjuga ese llanto
y no tiembles por mi vida,
que, estando á tí consagrada,
está por tu amor guardada
y por tu amor defendida.

INES. ¡Jáime!... (En tono de ruego.)

JAIME. Deja que concluya.
Nadie hay que pueda arredrarme
y esta existencia quitarme;
¿sabes por qué? porque es tuya.
Y ahora á cumplir con la ley
del honor.
(Se arranca de los brazos de Inés y se dirige hacia la puerta de la izquierda. Inés corre hacia él y le detiene.)

INES. ¡No me abandones!

JAIME. Inútilmente te opones.
Obedezco al rey.

INES. ¡Al rey! (Con amargura.)
(Dirigiéndose á Jáime y deteniéndole.)
¡Jáime, detente un momento!
¡no partas!

JAIME. ¿Por qué razón?

INES. ¿No comprendes mi aflicción?
¿no adivinas mi tormento?
¿Mi angustia, no dice nada?

JAIME. ¿Pero qué es esto, Inés mía?
¡Tiemblas, tu mano está fría,
nerviosa, tu frente helada!...
¿Qué desconsuelo te abate?
¿qué desventura te altera?
No es esta la vez primera
que me ves ir á un combate;
pero es la primera vez
que yo miro y que yo siento
tan agitado tu aliento
y tan pálida tu tez.

INES. ¡Jáime!

JAIME. ¿Cuál es tu cuidado?

INES. No puedo.
(Como temerosa de lo que va á decir.)

JAIME (Con impaciencia.) ¿Á qué vacilar?
habla si debes hablar,
que tengo el tiempo contado
y contados los instantes.

INES. ¡Es que no puedes partir! (Con energía)

JAIME. ¿Mi deber vas á impedir?

INES. ¡Tu deber! Tu honor es antes.

JAIME. ¡Cómo! (Con sorpresa é ira.)

INES. Yo hubiera sabido
callar, pero esto que alcanza
cuando ya no hay esperanza,
cuando todo está perdido.

JAIME. Responde, ¿quién ultrajar
quiere mi honra? (Con dureza.)

INES. Quien se opone
á tu dicha y se dispone
á venírtela á robar.
Un hombre...

JAIME. ¡Un hombre que te ama!

INES. ¡Un infame!...
JAIME. No prosigas;
(Deteniéndola con el ademán.)
cállate; nada me digas.
Dí sólo cómo se llama.
¡Su nombre! (Con ira.)
INES. Oye...
JAIME. ¡Á qué seguir!
Sé que tú no le escuchaste
y que tú le despreciaste;
eso no lo has de decir
ni yo lo he de preguntar.
Mujeres de tu valer,
ni se deben defender
ni dan tiempo de dudar. (Breve pausa.)
Dióse el miserable traza
para llegar á tu lado,
y de mi ausencia enterado
te persigue y te amenaza;
que quien tal hace es un hombre
capáz de todo, lo sé;
por eso te interrogué,
por eso pido su nombre.
INES. ¡Su nombre!...
JAIME. ¡Quiero saberlo!...
(Fijándose en Inés que llora con angustia sobre el diván.)
Pero desecha tu espanto;
no hay razón para ese llanto;
nunca debiste verterlo,
ni hay causa de que yo dé
por terminado mi viaje.
Un hombre te hizo un ultraje,
su nombre ahora lo sabré,
y en sabiéndolo, está claro
lo que haré; voy á su encuentro,
donde quiera que se halle, entro;
mi deseo le declaro,
dirimimos la cuestión
en una calle excusada,
le tiendo de una estocada
en medio del corazón;

vengo aquí, te busco, te hallo;
libre de un traidor te dejo:
por esa puerta me alejo;
cojo la brida al caballo;
monto de un salto sobre él,
me inclino sobre la silla,
y me alejo de Sevilla
galopando en mi corcel.

INES. Quien pudieses tú humillar
con el filo de tu espada,
ni me hiciera temer nada
ni me impidiera callar,
que nada conseguiría;
y si á ofenderme llegase,
para que me respetase
yo sola me bastaría;
¡pero en este impío lazo
no queda á nuestro dolor,
ni el recurso de mi honor,
ni el recurso de tu brazo!

JAIME. ¡Pero qué dices, Inés!
¡Que un hombre puede ultrajarte
sin que yo pueda vengarte!
¡No le conozco! ¿Quién es?
¿Quién puede tanto en Sevilla?
(Luégo de meditar algunos instantes, con acento de duda y de temor.)
Uno sólo hay nada más.

INES. Uno, sí. (Con angustia.)

JAIME. ¡Será quizás (Con espanto.)
él!...

INES. Don Pedro de Castilla.

JAIME. ¡El rey!...
(A Inés, como no convencido de lo que ha escuchado.)
¡Qué es lo que dijiste!
¡El autor de tal ruindad!...
No es posible, no es verdad.
¡Tú soñabas! ¡tú mentiste!

INES. No mentí.

JAIME. Por compasión,
dílo todo.

INES. Hace un momento,
en este mismo aposento,
me habló el rey de su pasión,
diciendo que á merced suya
estaban mi honra y tu suerte;
y al hablarle de mi muerte,
me amenazó con la tuya.

JAIME. Y tú... (Con recelo.)

INES. ¿Por qué preguntarme? (Con dignidad.)

JAIME. Es cierto: perdón te pido.

INES. Pero á todo decidido
se encuentra y vendrá á buscarme
¡Entonces!... (Con espanto.)

JAIME. ¡Entonces, sí;
entonces será más dura
la suerte de su aventura,
porque va á encontrarme á mí!
(Con amargura y desesperación.)
Me encontrará... ¡Y que, si es
tal mi desdicha, que al verle,
en lugar de acometerle
tendré que caer á sus piés!...
porque todo se lo debo;
porque es el rey, y es sagrado,
y debe ser respetado,
y á quebrantar no me atrevo
leyes que el cielo dictó;
si del cielo no vinieran
ni entrar en dudas me hicieran
ni las respetara yo.

INES. ¿Y qué haremos?

JAIME. (Con desesperación.) No lo sé.
Tanto mal, desdichas tantas
aturden. Caeré á sus plantas,
suplicaré, rogaré...
¡Rogar!... (Con altivéz.)
(Inés se dirije á la puerta del foro y escucha.)

INES. ¿No escuchas? ¡Él viene!
Decide.

JAIME. Voy á su encuentro.
(Coge á Inés por el brazo y la conduce á la puerta de la derecha, que abre de par en par.)

Inés mia, tú aquí dentro.
¡Si su furia no detiene!...
(Con tono de amenaza.)

INES. ¡Ya llega!
(Jáime hace entrar á Inés por la puerta de la derecha.)

JAIME. ¿Puedo contar (Á Inés.)
contigo? (Con dolor y energía.)

INES. Siempre. (Con energía.)

JAIME. ¿De modo?...

INES. Que me hallo dispuesta á todo.
(Entra Inés. Jáime cierra la puerta y guarda la llave en el cinto; luégo se dirige á la del fondo y la abre de par en par. El rey aparece en el umbral, y al ver á Jáime se detiene.)

JAIME. ¿Qué dudáis? ¿Por qué no entrar?

PEDRO. ¿Qué miro?... ¡Tú!... (Sorprendido.)

JAIME. Yo, señor.

PEDRO. ¡Tú aquí! (Con dureza.)

JAIME (Con ironía.) ¿Os extraña?

PEDRO. ¿Qué es esto?

JAIME. Yo siempre estoy en mi puesto,
en el puesto del honor.

ESCENA IX

JÁIME y DON PEDRO. Al final INÉS

PEDRO. Por qué razón quebrantas mi mandato?
¿Por qué tal desacato?
¿Por qué tuerces el rumbo á tu camino?

JAIME. Por capricho ó mandato del destino
que, impulsándome á tal desobediencia,
me hace llegar aquí; y á tiempo llego
de templar vuestras ansias con mi ruego
y defender mi honor con mi presencia.

PEDRO. ¿Qué osas decir? (Con dureza.)

JAIME. Que mientras yo partía,
mientras que vuestras órdenes cumplía
como cumple el creyente
de su Hacedor la voluntad sagrada,

inclinando la frente
sin ver ni oir, ni reparar en nada,
vos, señor, allanásteis mi morada
pidiendo amores á mi Inés querida;
treguas á su honra y á mi fama precio
para robarme el bien que más aprecio
entre todos los bienes de mi vida.

PEDRO. (Con orgullo y firmeza.)
¡A tu monarca altivo te presentas,
traidor, cuando sus órdenes no acatas,
y en vez de darle cuentas
de tus traiciones, de ofenderle tratas!
¿Quién derecho te dió para engañarme?

JAIME. ¡Llamáis engaño á la conducta mía,
tachando de traición y alevosía
mis acciones!... ¿Por qué? Yo al separarme
de mi gente y venir, sólo venía
á decirle á mi Inés «adiós» y luégo,
sin atender su llanto ni su ruego,
de aquí hubiera partido
cumpliendo con mi honor y mi conciencia,
pronto á luchar por vos y decidido
á dar por vuestra gloria mi existencia.
Si esto es infamia, si traición parece,
¿qué título merece
el que entra en una casa por sorpresa
y del ageno honor hace su presa
y á un súbdito leal hiere y mancilla
y ultraja al mismo á quien tendió su mano?
Si yo soy un villano,
¿qué seréis vos, monarca de Castilla?

PEDRO. ¡Me insultas, desleal! (Con furor.)
¿Diste al olvido
que soy tu rey, que á mi capricho ordeno
y que si ultrajo, igual que si condeno,
respetado he de ser y obedecido?
¡Lo olvidaste!... (Con ira.)

JAIME. ¿Por qué habéis preguntado?
¿por qué? Mejor que yo os respondería,
os da respuesta la conducta mía.
¡Olvidarlo!... ¡olvidarlo!... No concibo
que tal idea á vuestro labio acuda;

no es posible la duda.
¿Cómo lo he de olvidar cuando estáis vivo!

PEDRO. Pues si no lo olvidaste, si supiste
(Con dureza.)
cuál era mi deseo, ¿á qué viniste?
Si mi designio sabes, sin que puedas
mi designio evitar, ¿á qué te quedas?

JAIME. A suplicar, á detener acaso
vuestra infamia, á impedírosla, á eso llego
y eso he de conseguir.

PEDRO. ¡Imbécil, ciego,
quién eres tú para cerrarme el paso!
Te saqué de la sombra en que vivías,
te dí la fama y el lugar que tienes;
tu puesto, tu favor, tu honra, tus bienes
producto son de las grandezas mías.
Soy tu Dios: si tu Dios tiene un antojo,
¿qué harás tú, su vasallo, su presea,
sino dar á tu Dios lo que desea,
caer á sus plantas y templar su enojo?

JAIME. Tenéis razón. Mi gratitud no olvida
que cuanto existe en mí vos lo habéis puesto.
Y podéis á capricho reclamarlo.
que yo no he de negarlo
y á entregarlo por vos estoy dispuesto.
¿Queréis estos honores que me distéis?
Os los devuelvo. ¿Deseáis la fama,
los bienes, la merced que me ofrecísteis?
Tomadlos, si vuestro odio lo reclama.
¿Queréis mi vida? pues también mi vida;
no es que mi vida de negaros trate;
vuestra es mi sangre, que por vos vertida
dejé una y otra vez en el combate.
Tomad lo que gustéis, pronto me muestro
á dároslo; tomadlo, todo es vuestro.
Pero mi honor es mío,
dentro de mi alma se conserva y crece,
mi honor me pertenece
y á robarlo, señor, os desafío.

PEDRO. ¡Qué dices! (Con ira.)

JAIME. (Con energía.) ¡Que si Dios me lo pidiera
al mismo Dios, señor, se lo negara

y de Él lo defendiera
arrostrando su furia cara á cara
hasta que su poder me destruyera!

PEDRO. Pues yo no soy tu Dios; pero te juro
(Con furor.)
que ese honor de que te hallas tan ufano,
va á romperse al impulso de mi mano
y ha de ser ahora mismo.

JAIME. (Con furor reconcentrado.) ¿Estáis seguro?
Ved que no es la pasión quien más acierta.
(Se dirige á la puerta lateral de la derecha.)
Ved que tengo la llave de esta puerta
y un corazón para servir de muro.

PEDRO. (Avanzando hacia Jáime.)
Pues yo lo venceré; débiles lazos
son los que opones. Romperé tu pecho,
dándote, cuando mueras, el derecho
de contemplar á Inés entre mis brazos.

JAIME. ¡Oh, qué decís! ¡Callad!
(Con furia y desesperación.)

PEDRO. (Con rabia burlona.) ¿Es que te espanta
mi decisión? Responde.

JAIME. (Con dureza.) Es que es horrible
vuestra conducta, rey, y es imposible
mirar sin castigarla infamia tanta.

PEDRO. ¡Castigarme tú!... ¿Cómo? (Con desprecio.)

JAIME. (Con valor.) Como es llano
que castigue á un infame un caballero.
Desnudando el acero
y hundiéndolo en su pecho hasta la mano.

PEDRO. ¡Pues prueba á hacerlo, miserable, prueba!
(Con ira.)
Prueba, ya que á tu rey tienes en poco;
deja á tu orgullo loco
que á detener mi voluntad se atreva;
y pues la lucha tu coraje ansía,
prepárate á vengarte,
porque voy á matarte
y después de matarte haré á Inés mía.
(Don Jáime desnuda su acero y se dirige al rey
que le aguarda espada en mano.)

JAIME. ¡Oh, sí; mi acción con mi honradéz abono!

termine de una vez esta jornada.
¡Sólo ver nuestra sangre derramada
puede templar la furia de mi encono!

PEDRO. ¡Vamos!

(Cruzan las espadas. Jáime se detiene de pronto y retrocede.)

JAIME. ¿Qué voy hacer?

(Después de algunos momentos de vacilación.)

¡Nunca, no puedo!
Es el rey, es mi Dios sobre la tierra;
ofenderle me aterra.

(Hace una pausa y luégo dice á don Pedro con acento entre respetuoso y desesperado.)

¡Alejáos, señor!

PEDRO. (Con burla.) ¿Qué, tienes miedo?

JAIME. Miedo, no; es el respeto quien impide
el paso y la ocasión á mi venganza;

(Con arrebato de amenaza.)

pero el respeto á refrenar no alcanza
siempre la indignación. ¡Temo mi enojo

(Mirando la espada que aún conserva desnuda en la mano.)

mientras mi espada oprima con mi diestra!

(Avanza hacia don Pedro.)

¡Oh! tomadla, señor; tomadla, es vuestra;
con vos no la uso; á vuestros piés la arrojo.

(Lo hace. Don Pedro dice con indiferencia y desdén.)

PEDRO. Sal de aquí; te perdono.

JAIME. ¿Salir? ¡Nunca!

PEDRO. ¿Qué pretendes?

JAIME. Pretendo suplicaros
por mí, por vos y por mi honor rogaros.
¡Es mi honor, y con lágrimas lo pido,
y en vez de maldecir me arrastro y lloro.
¿Qué más queréis de mí?... ¡Mi honra os
[imploro!

(Se deja caer de rodillas delante de la puerta de la derecha á los piés de don Pedro.)

Vedme, señor, á vuestros piés rendido.

PEDRO. ¡Paso! (Con dureza.)

JAIME. ¿Pasar pretendéis?

¿No atendéis mi ruego?

PEDRO. No.
Harto mi orgullo sufrió.
Aparta.
(Jáime se levanta y se cruza de brazos delante de la puerta.)

JAIME. (Con firmeza.) ¡No pasaréis!

PEDRO. ¿Aún insistes?...

JAIME. (Con siniestra frialdad.) Ya no insisto
Locura insensata fuera
el suplicar á una fiera.
No temáis; ya no resisto. (Pausa breve.)
Por ser quien sois, á despecho
de vuestra villana acción
reináis en mi corazón
y á todo tenéis derecho.
En vuestros actos impíos
obstáculo no hallaréis;
como de mí, disponéis
de la suerte de los míos.
(Abre de par en par la puerta de la habitación de Inés.)
¡Inés!
(Sale Inés y se deja caer en los brazos de Jáime.)

INES. ¡Jáime de mi vida!
(Don Pedro va á avanzar y Jáime le detiene con un gesto.)

ESCENA X

INÉS, DON JÁIME y DON PEDRO

PEDRO. ¡Ella en tus brazos!

JAIME. Señor,
aquí está... ¡Es Inés, mi amor,
mi fé, mi orgullo, mi vida!...
De salvarte no halló modo (Á Inés.)
mi lealtad...

PEDRO. (Avanzando hacia el grupo que forman Inés y Jáime.)
¡Basta!

JAIME. (Con angustia.) ¡Me cuesta
tanto!... Inés, ¿estás dispuesta? (Bajo á ella.)
INES. Ya lo dije.
JAIME. ¿A todo?
INES. ¡Á todo!
JAIME. Pues bien, por mi lealtad, (Al rey.)
por vuestro apetito ciego
á cuanto puedo hacer llego
sin asomos de piedad
y de mi honra sin mancilla.
(Contempla á Inés con desesperación.)
¡Bien mío! (A Inés.) ¿Vos la queréis? (Á él.)
¡os la entrego!
(Saca una daga que llevará en la cintura y hiere con ella á Inés en el pecho.)
(Con frialdad insensata.) ¡Ahí la tenéis!
¡Tomadla, rey de Castilla!
(Arroja á Inés á los piés de Don Pedro, el cual retrocede aterrorizado.)
PEDRO. ¡Cómo! ¡Ella muerta! ¡Qué hiciste!
JAIME. Lo único que pude hacer;
sacrificar al deber
lo más grande que en mí existe.
Y ahora matadme; entregaros
quiero mi vida; aquí está;
y al morir me quedará
tiempo para despreciaros
y consolar mi dolor,
viendo que en esta partida
habré perdido su vida,
pero he salvado su honor.

FIN

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.